

Santa María, Madre de Dios – Abadía de la Maigrange – 1.1.2012

Lecturas: Números 6,22-27; Gálatas 4,4-7; Lucas 2,16-21

«Cuando se cumplió el tiempo, envió Dios a su hijo, nacido de una mujer, (...) para que recibiésemos la adopción filial» (Gal 4,4-5).

En el momento en que comienza un año nuevo, la liturgia nos recuerda que el tiempo se ha cumplido, se ha cumplido por y en la venida del Hijo de Dios al mundo. No es el cumplimiento del tiempo el que produce la venida de Cristo, sino que es la venida de Cristo la que cumple el tiempo. Y es de esto de lo que tenemos necesidad cuando medimos el tiempo de nuestra vida, el tiempo que transcurre en el ámbito de nuestra existencia, en nuestra conciencia, en nuestro corazón, en nuestro cuerpo. Todo nosotros somos espectadores y testigos del transcurrir del tiempo, y esto podría angustiarnos, porque el tiempo para nosotros es un *fluir* de nuestra vida, que vemos caminar hacia un fin.

¿Qué fin? Esta es la pregunta de toda existencia, en la medida en que se es mínimamente consciente de la misma, mínimamente reflexiva, mínimamente humana. Ahora bien, es en el corazón de esta experiencia universal donde la Revelación de Cristo, a través de Cristo, se nos anuncia que el sentido del tiempo, el sentido de nuestra vida, no es el fin, sino el cumplimiento, la plenitud. Y este cumplimiento, esta plenitud, es el don de una Presencia, el don de la presencia del Hijo de Dios en el tiempo. Este cumplimiento es la gracia de una Presencia, y esto significa que esta plenitud del tiempo no acontecerá solo al final de los tiempos: está en el tiempo, está presente. No cierra el transcurrir del tiempo, sino que le da un sentido tan profundo, tan total, tan eterno que todo el tiempo se encuentra transcurriendo no ya *hacia* su plenitud, sino *en* su plenitud, en Cristo Señor del Cosmos y de la Historia, Señor del Universo y del Tiempo.

Esta plenitud que da todo su sentido al tiempo de la humanidad es un misterio de amor, porque es por amor por lo que el cumplimiento del tiempo ha entrado en el tiempo: «Dios envió a su Hijo (...) para que recibiésemos la adopción filial» (Gal 4,4-5).

Desde esta última Navidad, me ha hecho meditar mucho una frase de san Bernardo:

«Ha querido venir Aquél que habría podido contentarse con ayudarnos» (*Serm.* 3, Vigilia de Navidad).

Sí, Dios nos habría podido ayudar sin venir, sin hacerse presente en el mundo, en el tiempo, en nuestra vida. Pero él ha querido venir; ha preferido la presencia a la asistencia, a la ayuda, también omnipotente, que podía darnos. Nos habría podido salvar mediante su poder sin elegir la presencia. Y para subrayar que para Él la presencia es más importante que el poder, ha elegido estar presente en nuestra debilidad humana, en nuestra impotencia humana. El hambre de Belén, Nazaret, la Cruz: Dios tan presente y tan impotente. Este es el cumplimiento de los tiempos, esta es la presencia que inserta todo el tiempo y todos los tiempos en su sentido, en su plenitud.

Pero si la plenitud del tiempo es una presencia personal, esto quiere decir que la plenitud del tiempo se realiza, se vive, en una relación. Cristo, en el que «habita

corporalmente toda la Plenitud de la Divinidad» (Col 2,9), haciéndose hombre, nos permite vivir en una relación personal nuestra relación con el cumplimiento del tiempo de nuestra vida. La plenitud de cada instante de nuestra vida no está ya al final de los tiempos, sino en la comunión con Dios en Jesucristo.

Esta es la condición filial de la que nos habla san Pablo: «Y la prueba de que sois hijos, es que Dios infundió en nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que nos hace gritar: ¡Abba!, ¡Padre!» (Gal 4,6). El tiempo en que vivimos encuentra su plenitud en nuestra relación filial con el Padre, en Cristo y a través del Espíritu. Porque «el Espíritu del Hijo está en nuestros corazones», nuestro corazón se convierte en lugar en el que los tiempos del universo y de la historia encuentran su plenitud en la Relación de amor trinitaria que es origen y fin de todo.

La primera testigo de esta plenitud de los tiempos vivida en nuestros corazones es la Virgen María. En ella la plenitud de los tiempos se convierte en plenitud de la humanidad, plenitud de relación, plenitud de amor y de oración. Ella testimonia en el asombro, por primera vez, que «ha querido venir Aquél que habría podido contentarse con ayudarnos». A partir del anuncio del ángel, ella no vive sino testimoniando la presencia encarnada de Dios en el mundo. Un testimonio sin muchas palabras, pero que desde su corazón transfiguraba y transfigura toda su persona. La relación con Jesús, y en él con el Padre a través del Espíritu, era en su corazón la fuente y la plenitud de todas las demás relaciones.

«María conservaba todas estas cosas meditándolas en su corazón» (Lc 2,19). La comunión con el Dios presente dilataba su corazón para vivir toda relación y toda circunstancia, todo tiempo, en su plenitud. Para ella, todo era motivo para renovar el asombro y la adoración de su Presencia. La visita y el testimonio de los pastores, por ejemplo, profundizan en ella la conciencia de que, en su Hijo, Dios ha venido verdaderamente para salvar el mundo. Y en esta conciencia, profundizaba el conocimiento de sí misma, la conciencia de ser la Madre del Dios que viene a salvar a su pueblo, de Dios que está presente para salvar a todos los hombres, comenzando por los más pequeños y perdidos.

María tiene un corazón que deja venir al Señor y deja actuar su Presencia en el mundo. No es Madre de Dios porque lo trae al mundo, sino porque lo recibe en el mundo. Mediante su comunión con Él, en la oración y en la caridad, permite a todos entrar en relación con su Hijo y encontrar en Él la plenitud de su vida y de los tiempos, y hacerse, como ella, de los hombres y mujeres que generan la Plenitud de los tiempos acogiendo en su corazón y en su vida a Aquél que ha querido venir, mientras hubiera podido sencillamente contentarse con ayudarnos.

*P. Mauro-Giuseppe Lepori
Abad General OCist*